

**EL TLC MÉXICO-ESTADOS UNIDOS-CANADÁ Y SU
REPERCUSIÓN EN SECTORES PRODUCTIVOS
MEXICANOS**

**El Tratado de Libre Comercio y su impacto
en los sectores productivos**

Ramón Martínez Escamilla•

Durante el tercer trimestre de 1991 pocos asuntos ocuparon tanto tiempo y espacio en los medios mexicanos de comunicación y en los eventos de contenido socioeconómico o político oficiales y privados como el muy posible Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Estados Unidos, Canadá y México.

Es del todo natural que así haya sucedido pues, en los diversos segmentos de la sociedad mexicana y en cada uno de los aspectos del acontecer que le es propio, pocas veces como ahora se habían dejado sentir el impacto psicológico y las expectativas de aliento o desazón que ha generado la ya muy probable firma trilateral de la documentación necesaria para formalizar algo que, por lo demás, viene siendo oficial desde que de una u otra manera coincidieron las voluntades de los respectivos jefes de Estado, al menos en el caso de Estados Unidos y México.

No quiero decir con esto que ya la economía nacional haya sido echada completamente en brazos del imperialismo estadouni-

• Investigador Titular Coordinador del Área Economía del Sector Público del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

dense, por más que la total apertura del comercio y de buena parte de la industria de nuestro país sea un hecho consumado si bien todavía reversible, ni que ya no quepa la contestación política de mayor o menor intensidad al "Gran Proyecto" Salinas de Gortari. Todo lo contrario.

Lo que acabo de expresar va precisamente en ese sentido, y no porque me parezca que tenga mucho sentido cuestionar o negar los también muy posibles beneficios que a corto, mediano o largo plazo podría traer a México y su economía un tratado comercial tripartita como el de referencia, sobre todo en presencia de la probada incapacidad real del sistema político mexicano para remontar por sí mismo la precaria situación económica que en un ambiente mundial de desquebrajamiento de la racionalidad tradicional contribuyó muy grandemente a generar en lo interno; sino porque tratándose de un proyecto estratégico de hechuras políticas y expresiones económicas, resulta francamente contestable a la voluntad política agregada de los nacionales de cada uno de los países involucrados, y esto vale especialmente para los mexicanos.

La contestabilidad del esquema comercial tripartita, sin embargo, no está por el lado de la elementalísima lógica económica a que obedece y que se genera en la falta de una alternativa que pueda desprenderse de realidades contrarias a las que sustentan a aquélla; sino en todo caso, en asumir el mismo "Gran Proyecto" como lo que es: una entidad todavía susceptible de modificación sustancial en su inspiración, su sentido, su interés, su contenido y sus efectos inmediatos y mediatos al interior de cada una de nuestras tres economías nacionales y de todas a la vez.

Al escribir esto pareciera implicar que la democracia de nuestros tres países da para tanto, pero no me toca opinar más que de la de México, y de ella sostengo que da para eso y más a condición de que los sujetos de ella entendamos y asumamos que en nuestro país la verdadera democracia no es la que las carcomidas estructuras del poder político oficial estén dispuestas a conceder sino la que el conjunto de las fuerzas sociales organizadas políticamente estén dispuestas y en condiciones de ejercer; con todas las acotaciones que de nuestro propio proceso histórico se derivan, como las que atañen a la ya inaplazable articulación y sustanciación específica del liderazgo.

Un gran proyecto es en el fondo sólo un proyecto. Y los proyectos dejan de serlo por lo menos por cualquiera de estas tres vías:

1) por convertirse en realidad que, para el caso que nos ocupa bastaría con que se convirtiera en tratado y aunque no pasara de esto: un simple tratado susceptible, sólo susceptible, de convertirse a la vez en realidad como sistema social, y aunque en la democracia los sistemas sociales no dependan para su acción y menos para su existencia de la voluntad de los jefes de Estado, 2) por convertirse en realidad en una medida y en un sentido diferentes a los que en ellos mismos son propuestos, por lo cual son susceptibles de modificación en medida y sentido tan sustantivos que en la práctica desaparecen, y 3) por agotamiento, desgaste o incapacidad parcial o total para convertirse en la realidad a que se aspira cuando son puestos en vigor, y dejar en la sociedad un vacío menor, igual o mayor al que pretendían llenar.

No me interesa, pues, discutir aquí sobre la inminencia o falta de ella, del probable TLC entre los tres países norteamericanos, ni sobre la tan llevada y traída fatalidad geográfico-histórica en que muchos otros autores ponen el acento; como tampoco me interesa abordar *per se* el también probable impacto que el mismo pudiera tener sobre los sectores productivos de la economía mexicana aunque sobre ello, lo que expongo es mi propia especulación. Simple y sencillamente, aquí querría opinar y comentar lo siguiente:

El "Gran Proyecto" salinista descansa, entre otras, en estas grandes consideraciones:

I. En vista de que la globalización de los mercados, la interdependencia financiera y el recrudescimiento de la competencia abren nuevos espacios para el diálogo y se despierta la conciencia de opciones más amplias que la economía de México, ésta debe adaptarse aceleradamente a las condiciones de esa competencia, esa interdependencia y esa globalización.

II. En vista de que el mundo en que vivimos se ha vuelto imprevisible; que la incertidumbre es la nota distintiva del momento y que la interrelación global es su futuro rostro; en México tenemos que adaptar las instituciones y la voluntad a tan prometedores signos de progreso.

III. En vista de la quiebra general de los modelos de crecimiento económico sobreprotegido; la apertura a las corrientes comerciales, financieras y tecnológicas es ahora el símbolo del progreso nacional. En México se impone luchar con tenacidad e imaginación para afrontar la competencia y para negociar la participación nacional en la nueva configuración del mundo.

IV. Como Japón y los países asiáticos están formando un bloque extraordinario de finanzas, comercio e innovación, el gobierno mexicano está actuando para aprovechar en beneficio de la nación el vertiginoso crecimiento de aquéllos, y tratando de hacer que la economía nacional participe en la "Cuenca del Pacífico".

V. En virtud de que los intereses económicos de Estados Unidos, que mucho coinciden con los del gobierno de México, ven comprometida su trayectoria frente a la de la citada "Cuenca" y frente al avance hacia la integración final de la Comunidad Europea; este gobierno se ha propuesto alcanzar un área de libre comercio con los propios Estados Unidos. Como la reciente experiencia canadiense en la materia le ilustra positivamente, estima que la extensión a Canadá de dicha área daría mayor amplitud al acuerdo que se busca y formaría la zona de libre comercio más grande y productiva del mundo.

No hace falta agregar más consideraciones del gobierno salinista y su lógica para advertir el alineamiento eminentemente estratégico de su política económica exterior. Simplemente me basta con advertir que el asumir como propios los principios creados e impulsados para el mundo en conjunto desde los centros de poder económico y estratégico de alcance mundial y de pretensión hegemónica global, le parece más conveniente que asumir y ejercer una imaginación emancipada y creadora, y que su postura no es prenda de aliento a la soberanía nacional y a la defensa inconfundible de lo que nos es propio; esto es, de lo que hemos logrado construir en ya casi siglo y medio de modernización y desarrollo solidario hacia el Proyecto Nacional.

Nadie podría negar que la estructura mexicana de la producción y distribución, como la del poder político, comporta todavía muy graves vicios al lado de grandes y destacadas virtudes; pero nadie podría postular con honradez política y con auténtica visión económica que esos vicios van a ser corregidos y esas virtudes abonadas con inspiración en los postulados de quienes independientemente del éxito en la modernización y en el apoderamiento económico y estratégico a escala mundial, no han sabido corregir los suyos propios. Bastaría con ahondar en el sentido y en la esencia del éxito económico de los llamados Tigres Asiáticos o el que por su parte registran experiencias como las de Bahamas, las Islas Vírgenes o Puerto Rico, para caer en la cuenta de que ese no es el destino de México. Y no sobraría reparar en la tragedia política de los países del extremo norte de América, para advertir que sus

problemas no son menos graves y profundos que los nuestros. México, por fortuna histórica, no confronta desde hace ya muchas décadas un ambiente de magnicidio político o de defenestración de Presidentes en funciones ni de secesión territorial, como los que están frescos todavía o aun palpitantes en Estados Unidos y Canadá respectivamente.

El recrudescimiento de la competencia más que agregar nuevos espacios al diálogo económico internacional como pretende el gobierno mexicano actual, es apenas síntoma de cerrazón en el tipo oligopólico de competitividad que deja sin perspectiva a las naciones que buscan un modelo propio de desarrollo. Aun reconociendo el alto grado de interdependencia económica, el destino de las nuevas economías nacionales y hasta el de las viejas economías que ostentan un grado intermedio de desarrollo, como la de México, no está en los espacios comerciales o maquileros que deciden "concederles" las grandes potencias y los grandes bloques económicos, sino en el que sean capaces de abrir en el interior de sus propias estructuras, consolidando lo alcanzado por sus propios aparatos productivos y distribuidores y desarrollando todavía más las relaciones que propicien la modernización y la competitividad basada en las fuerzas propias.

Para estas economías es mucho más transitable el camino del valor agregado que el de la supuesta ganancia comercial proveniente de la venta de sus materias primas y alimentos pero financiada con recursos externos. El camino contrario que es el que postula el gobierno, se ha visto en México y en América Latina hasta la saciedad, es el de la modernización de los patrones de consumo, sin que la planta productiva del país o países haya experimentado cambio sustancial de signo positivo y sin que los recursos financieros de origen interno hayan encontrado un destino más productivo.

Nadie estaría en condiciones de defender con éxito los esquemas autoritarios de Estado e inversión pública. Más bien parte del éxito estaría en remontar tales anacronismos. Pero ello mismo, más que depender del concurso de fuerzas externas, es materia de decisiones propias que tiendan a sacar de raíz los ya viejos y muy desgastados patrones de conducta del autoritarismo criollo, rayanos en el fraude sistematizado, base de toda una cultura de degradación en las formas de apreciar el Proyecto de Nación que a tan elevado precio social ha logrado articular la sociedad mexicana.

Más aún, los ejemplos que ahora más se invocan oficialmente, poniendo la mira en la diáspora socialista de Europa Central y Oriental, vienen a confirmar que no es abandonando sino impulsando la idea de nacionalidad y el instinto de nacionalismo económico y político como es posible salir al encuentro de un destino propio; aunque en la visión del gobierno salinista acerca de esos ejemplos esté sólo el lado proimperialista de los nacionalismos separatistas de Europa.

Nadie tendría derecho a confundir esta actitud con la chovinista posición de negar todo lo que de positivo tiene para la historia de la integración económica contemporánea lo que puede derivarse de la experiencia exterior. Al contrario, de manera paradójica pero casi incontrovertible, las mayores dosis de chovinismo coinciden siempre con el más inequívoco servicio a los intereses económicos ajenos. La historia de México está saturada de estos ejemplos, y cada vez que se ha invocado la apertura como soporte de nacionalismo, si ha habido beneficio económico, el menos beneficiado ha sido el país que se abre. Si la apertura puede significar crecimiento, este no necesariamente significa desarrollo, particularmente cuando no han existido, como ahora en México, mecanismos financieros suficientes para retener en el ámbito interno los excedentes económicos de todo el proceso.

Expresado lo anterior, vayamos finalmente a lo que, apenas iniciadas formalmente las negociaciones trilaterales, se antoja mera aunque válida especulación:

1. Los titulares de la pequeña propiedad agraria organizados políticamente en la gran corporación oficial denominada Confederación Nacional de la Pequeña Propiedad han sostenido repetidamente en los últimos meses que, como productores agropecuarios no están ni estarán en capacidad de competir comercialmente con los de los países con los que el gobierno quiere establecer competencia, a menos que se les otorgue un régimen de subsidios por lo menos similar al que se otorga a sus contrapartes en esos países.

2. Esos mismos productores agropecuarios demandan, como condición para concurrir sin desventaja al mercado internacional, que en México se ablande el financiamiento bancario a sus actividades productivas; financiamiento que en los países vecinos gira en torno a una tasa de interés del 6%, mientras que en México supera el 20% y no llega al 15% del total el número de los pro-

ductores que reciben financiamiento bancario, no obstante que está funcionando a toda su capacidad el Fideicomiso Instituído en Relación a la Agricultura (FIRA).

3. Diversas ramas industriales han estado manifestando por boca de sus titulares que serán severamente azotadas por el "inminente" TLC. Tal el caso de las llamadas industrias culturales como la editorial y otras del mismo rango, y de la textilera nacional.

4. En los medios sindicales y laborales en general conectados íntimamente con la industria petrolera de México, se estima que con la firma del eventual TLC esta actividad económica quedará en verdadera desventaja frente a su similar de Estados Unidos y Canadá.

5. El TLC, desde sus negociaciones, nos enfrenta directamente a múltiples peligros actuantes y latentes, dicen los mexicanos amigos de la ecología. El criterio de inevitable decadencia de hombres, animales y plantas, como en el pasado, puede venir, expresan, para destrozar nuestros recursos básicos y para que nos vuelvan a señorear desde afuera.

6. El TLC, se expresa en diversos medios estadounidenses, definirá los salarios de las clases bajas estadounidenses y concomitantemente el de las mexicanas ya muy depauperadas; traerá múltiples empresas industriales que desplazarán a las mexicanas. La industria de bienes intermedios de México se verá muy postrada en el mediano plazo.

7. El sistema arancelario de Estados Unidos es sumamente duro, se expresa en los medios industriales de México y Canadá. Si no se ablanda previamente, ¿de qué podría servir un TLC?

8. El segmento productor y suministrador de servicios de México es muy atrasado e ineficiente, sostienen los propios agentes económicos del sector. En presencia del enorme interés estadounidense en intervenir masivamente en el propio sector, se preguntan públicamente, ¿cuáles serían las ventajas para México?

He aquí, pues, un pequeño pero significativo conjunto de preocupaciones o si se quiere especulaciones que se formulan directamente los agentes reales de la producción y la distribución, desde o hacia los distintos sectores productivos.

La lista de reflexiones de este tipo es en realidad interminable, y para corroborarlo bastaría con asomarse a los diversos medios de difusión masiva. También sobreabundan las de signo contra-

rio a las expuestas, que ven en el TLC y su vertiginoso periodo de negociaciones la salvación de México. Aquí caigo en la cuenta de que, de mis propias especulaciones, nada agregaría yo que sirviera al lector a nivel de simple opinión o comentario.